

LA FRANCESA



Por Magaly Pabón

Filósofa rosarista

Ilustración: John Velázquez

En el cuarto de Charlotte se habían dispuesto cortinas rosadas y una muñeca de tamaño natural. El propósito de la decoración era suavizar el lúgubre espacio que ella habitaba. En efecto, las ventanas tenían barrotes que evitaban posibles huidas durante sus ataques de locura. Su familia creía que, rodeándola de un meticuloso orden, Charlotte volvería a recuperar la cordura, pero cuanto más se empeñaba en que volviera a la normalidad, ella más se evadía de la realidad.

A pesar de todas las previsiones, los ataques y delirios se sucedían con mayor intensidad. En esos momentos, su hermano, el príncipe Philippe, la recordaba en el epítome de su belleza siempre ponderada por su padre, el rey de los belgas. Charlotte había venido al mundo sin mayor emoción por parte de este, pero como había previsto su abuela, con el tiempo se convirtió en su hija favorita.

Ahora, nadie sabía qué pasaba por su mente; la bella y brillante Charlotte era un misterio para todos. Los intervalos de lucidez se espaciaban cada vez más.

Un día su hermano fue a visitarla; se hallaba sentada, ataviada con un vestido blanco, vaporoso y su cabello oscuro estaba recogido con cintas. Al mirarla, vio que conservaba todavía algo de su belleza particular y pensó que quien no supiera de su situación, no habría notado ningún cambio; no obstante, su mirada la traicionaba. Era una mirada exacerbada, perdida.

Charlotte miraba generalmente a un punto fijo en el que parecía ver algo específico. Philippe quiso descifrar inútilmente qué miraba en el horizonte: ¿Qué miraban sus inmensos ojos castaños?

Luego de contemplarla por un rato, Charlotte se dirigió a él. Philippe creyó que era otro de sus balbuceos, pues desde hacía años no hablaba de manera coherente. Pero no: se trataba de un momento de lucidez. Él agudizó sus sentidos.

—Todo fue un error, Philippe, ¿no es verdad? Philippe le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Todo —dijo ella—. Yo lo llevé a la muerte y luego no pude salvarlo.

—No te acuerdes más de eso, Charlotte —dijo el hermano, sin saber a qué se refería.

—Sí, Philippe, yo tuve la culpa de su muerte. Yo lo maté. También maté todas sus ilusiones; ahora estoy pagando y este es el infierno.

Philippe la escuchaba con atención.

—Mi padre siempre me dijo que yo merecía todo lo mejor. Me dijo que debía ser una reina como la prima Victoria; ahora daría todo por tener a Max aquí conmigo. Yo creía que ambos merecíamos mucho más, pues éramos jóvenes, bellos y estábamos tan ávidos de entregarnos al mundo... El destino nos desbordó. Me pregunto cómo viviríamos ahora si no nos hubiésemos embarcado es esa aventura...

Charlotte prosiguió:

—Todos nos advirtieron que era una trampa —y entonces musitó un versito que cantaban los italianos en ese tiempo—: Massimiliano non te fidare, torna al castello di Miramare.

Philippe supo entonces que hablaba de aquellos años en que a Max y a Charlotte les propusieron reinar en un lugar lejano en el mapa. Todos temieron por ellos.

—Él hubiera sido más feliz allí en Miramar con sus orquídeas; quizás habría encontrado un destino para él y para mí; quizás hubiese sido escritor y no habría sido fusilado. Pero yo quise que emulara a Franz Josef: que fuera poderoso como él y, para satisfacer mis ambiciones, lo destruí. Comprendió a su nuevo pueblo y este también lo comprendió a él y lo amó tanto como yo; pero no había lugar para reyes ni emperadores allí, así que, después de que lo conduje al abismo, él murió. No estuve el día en que lo fusilaron.

Y finalizó:

—Sí, mi príncipe marinero, si yo te hubiese comprendido no sería la exemperatriz de un reino absurdo y tú estarías vivo. ¡Qué vale un trono sin tu sonrisa que lo iluminaba todo! Yo sería simplemente Charlotte von Habsburg, esposa de un poeta marinero y no sería Carlota la loca, Mamá Carlota o La Francesa, como solían decirme mis súbditos mexicanos con cariño cuando yo era su emperatriz.

Maximiliano non te fidare torna al castello di Miramare... fue la última frase que susurró en aquella extraña conversación con su hermano, quien nunca volvió a oír de Charlotte ninguna frase lúcida mientras vivió.

